

LIBROS

Tierno Galván: ensayos sobre la juventud

Desde su altura de «adulto de mediana edad» —según se confiesa o proclama—, con su eficaz aparato de sociólogo y experiencia del tema, el profesor Tierno Galván se cuestiona sobre la juventud, y la juventud universitaria, en un ensayo largo, libro breve, que ha publicado Seminarios y Ediciones dentro de la colección Hora H: «La rebelión juvenil y el problema de la Universidad».

El profesor Tierno Galván insiste repetidas veces en que la radicalización de la juventud es un hecho novedoso, sin precedentes históricos. Así escribe: «A mi juicio nunca ha existido un índice tan alto de crítica y conciencia de la necesidad y justificación de cambiar la sociedad establecida, ni un conocimiento tan hondo y profundo de sus causas» o más adelante «a mi juicio la rebelión actual de la juventud no tiene equivalente histórico».

Aun siendo estos así, y con tener importancia si se trata o no de una agudización de la conciencia crítica de los jóvenes de hoy, no creo que interese tanto saber si nos encontramos realmente en un momento privilegiado históricamente cuando medir el alcance del fenómeno respecto a la sociedad en que tiene lugar y que es la de nuestros días. Paul Goodman, el sociólogo de la juventud americana recientemente desaparecido, escribía en «Problemas de la juventud en la sociedad organizada»: El pro-

blema que nos interesa no es saber si se trata o no de que nuestras cuestiones juveniles sean fundamentalmente diferentes con respecto a las de otras épocas, de si dichas cuestiones serán superadas o no, de si los beats son unos maniáticos y unos delincuentes peores que los de 1850. Lo que hemos tratado de demostrar es más bien lo siguiente: que dicha problemática, tanto por su aspecto como por su contenido, constituye un «test» y una crítica para la sociedad en la cual se manifiesta.

De hecho esto es lo que verdaderamente preocupa también al profesor Tierno. La actitud crítica, que no re-

cubrir la doble moral de los mayores (la ética que se enseña y la que se practica) dice más de los adultos que de los propios jóvenes. De ahí que el profesor Tierno concluya: «Quien esto escribe sabe por propia experiencia qué difícil es que los jóvenes acepten modelos sustituyentes. Prefieren la crítica. Desde la crítica superan la mayoría de los modelos que se les ofrecen. La revolución crítica puede convertirse en violencia, pero su origen y fundamento juvenil está en la crítica».

Especial interés, a mi modo de ver, tienen las páginas dedicadas al problema en la Universidad. Ahora bien, si en



Tierno Galván.

volucionaria en general, de los jóvenes se refiere siempre a unos comportamientos, a unas valoraciones, a unas propuestas del mundo adulto. La juventud queda definida frente a él. Por ello nos resultan más discutibles ciertas definiciones de la juventud como etapa autónoma o como grupo social por encima o aparte de las clases. Sin embargo resultan convincentes las generalizaciones sobre la juventud con respecto a los adultos, o digamos con respecto al sistema. Así, el fraude que supone para un joven des-

el recinto universitario es más explícito el enfrentamiento de los jóvenes con respecto a la propia institución «disciplinadora y represiva» y a los propios adultos, ello se debe a que «la juventud protagoniza la vida universitaria», cosa que no ocurre en las empresas, por ejemplo, tan disciplinadoras y represivas como aquella y tan orientadas como aquella a la producción en función de un orden. Ocurre también que la Universidad, mal que bien, es el lugar donde la propia sociedad es objeto de estudio. De ahí una elevación de la

conciencia crítica en la juventud universitaria y su facilidad para saltar de la crítica de la institución a la de la sociedad.

Por último, me interesa reseñar algunas de las conclusiones del ensayo, referidas a la Universidad: la Universidad —dice Tierno Galván— debe dejar de entrenar para la competencia económica; debe aceptar que la cultura parauniversitaria es más importante, en general, que la instrucción que la Universidad imparte; el no de los estudiantes debe ser aceptado dialécticamente por los adultos integrados en ella. El profesor Tierno pide y espera que los jóvenes, por su parte, no dejen de serlo: «la responsabilidad social de permanecer joven es la mayor responsabilidad que le cabe hoy a la juventud». Cosa, a mi entender, fácil de conseguir mientras lo criticable adulto permanezca en los términos en que originó el malestar crítico de los jóvenes. ■ C. ALONSO DE LOS RIOS.

La otra racionalidad: el budismo Zen

El budismo Zen, para nosotros, alude a dos incidencias culturales diferentes, complementarias, quizá en ciertos aspectos inconciliables: por una parte, el ámbito silencioso y lejano del Oriente, el monje de ropas anaranjadas sentado en la postura del loto, una civilización y una historia de la que lo ignoramos prácticamente todo, lenguas basadas en principios que nos son ajenos; por otra, es Aldous Huxley y los *beatniks*, Kerouac en el camino, el flotante magisterio de Alan Watts, las ambigüedades de una contracultura demasiado evidentemente hija, en muchos casos, de la degeneración cultural establecida. No es fácil encontrar la char-

nela de estos dos mundos, para tratar de situarnos respecto a ellos. Si preguntamos al recio intelectual europeo, que hace aproximadamente setenta y cinco años que no entiende nada de lo que pasa, volverá a descubrir su gastada piedra antifilosofal: «¡Otro asalto a la razón!... ¡Y ya van!...»; pero si interrogamos al maestro Zen es muy probable que no nos responda o que sólo diga: «Si deseas ver, mira directamente». En ambos casos, quedaremos en una (saludable) perplejidad.

La acusación de irracionalismo es la más frecuente y, tal como suele hacerse a quien se interesa por el Zen, la menos justificada. Suele entenderse por «razón» una amalgama, ciertamente poco satisfactoria, de «sentido común» (en el aspecto que defendió Moore), de experimentalismo, de confianza en que las ciencias adelantan y lo que no sabemos hoy, alguien lo sabrá mañana, y, en los aspectos morales y políticos, de *sensatez progresista*: el resultado recuerda poco la tradición racionalista europea, pues suele parecerse mucho más al cretino filisteo, que la burguesía conservadora (especialmente anglosajona) ha proporcionado generosamente al mundo, que a Hegel o a Spinoza, por citar dos racionalistas. Considerar irracional todo lo que se salga de ahí viene a ser como llamar *revolucionario* a todo el que no enciende cada noche una vela a Santa Rita rogando que resucite Mussolini.

Es imaginable y exigible una razón mucho más compleja, una razón perversa y polimorfa que no considerase el absurdo como algo ajeno a su gestión ni anatematizase el éxtasis por «improductivo»; una razón dispuesta en todo caso a volverse contra sí misma, contra sus principios «inmutables» y a recuperar todas las dimensiones de que ha prescindido en favor del aumento de producción y de la eficacia indus-

trial. Pero también es cierto que los efluvios que nos llegan de un Oriente bastante este-reotipado huelen demasiado a incienso: ¡cuántas ansias inconfesadas de otra religión en quienes creen buscar otro pensamiento! Una religión que una, al esoterismo propio de todas ellas, el misterio basado en la ignorancia de la cultura asiática y de su lengua, la enorme simplificación de contenidos (¡la sabiduría más profunda sin esfuerzo ni riesgo, en quince lecciones!) y si es posible, la hierba eucarística del Nepal. Y ¡ya podemos ser buenos otra vez!... Para combatir una mutilación de la razón, no es camino fructuoso reincidir en la tarea mutiladora y prescindir de una dimensión de crítica y negación cuyas capacidades liberadoras nos son históricamente propias.

El budismo Zen es una experiencia muy valiosa de sencillez, de humor, de paciencia; una espléndida burla de la fachenda académica, de las grandes frases, de esa seriedad que condena a la muerte y de la pretensión de hallar la serenidad en una doctrina o un maestro y no en uno mismo. En sus aspectos más atractivos, el Zen no es radicalmente distinto de las lecciones más profundas del pensamiento occidental, desvirtuado por las positivaciones profesoras y los manejos apologeticos. Aprender la lección del Zen no es situar la salvación en lo exótico, sino retornar a lo más íntimo y cercano.

Mariano Antolín y Alfredo Embid han escrito un libro útil e inteligente (1), que sitúa el Zen en su contexto doctrinal, tras el taoísmo y el budismo Mahayana, cuyos elementos fundamentales explican con sencillez y sin falseamientos; en lugar de teorizar sobre el Zen, dejan siempre hablar a los maestros mismos, a los poetas, la palabra viva y directa de los koan; dedi-

(1) Introducción al budismo Zen. M. Antolín y A. Embid, Barral de Bolsillo.